SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO V Nº 257
6 • 10 • 2002



LA NUEVA EUROPA

Jürgen Habermas es uno de los más influyentes filósofos de Europa. En *El futuro de la naturaleza humana*, que acaba de ser traducido, examina los límites políticos que deberían imponerse a la manipulación genética. Para que una cultura (y ciertas ideas antropológicas) sobrevivan, la única garantía, en su perspectiva, sería un pacto constitucional que dotara a Europa de una identidad más allá de la mera economía común y que sirviera de salvaguarda contra las políticas del neoliberalismo, tal como puede leerse en el texto (inédito en castellano) que presentamos en esta edición de **Radarlibros**.



Más allá del euro

POR JÜRGEN HABERMAS

Hacia fines del siglo XVIII, los padres de la Constitución de Filadelfia y los ciudadanos revolucionarios de París fueron los precursores y protagonistas de una praxis inaudita que hasta entonces no se había visto en el mundo. Hoy, tras doscientos años de práctica constituyente, no sólo volvemos a recorrer un sendero harto transitado sino que lo hacemos con la convicción de que la cuestión constitucional no es la clave para los problemas que nos toca resolver.

Es más, el desafío no consiste en inventar lo nuevo, sino en mantener, bajo otro formato, las grandes conquistas del Estado-nación europeo, más allá de sus fronteras nacionales. Lo único nuevo es la entidad que habrá de surgir por esa vía. Se trata de conservar las condiciones de vida materiales, las oportunidades para la educación y el ocio, los espacios de configuración social que le dan valor de uso a la autonomía privada y de esta manera vuelven posible la participación democrática.

En virtud de la "materialización" de las garantías del estado de derecho de las que ya hablaba Max Weber, hoy el debate sobre el "futuro de Europa" depende menos de consideraciones jurídicas o iusfilosóficas que de los discursos altamente especializados y ampliamente entrelazados de los cientistas sociales y los economistas, sobre todo de los politólogos. Pero no deberíamos subestimar el peso simbólico del hecho de que ya se haya puesto en marcha el debate en torno de la Constitución. En tanto comunidad política, Europa no puede establecerse en la conciencia de sus ciudadanos únicamente bajo la forma del Euro. El tratado intergubernamental de Maastricht carece de fuerza para la condensación simbólica, una fuerza que sólo puede lograrse a través de un acto fundacional.

RAZONES PARA UNA CONSTITUCIÓN

Las expectativas económicas no alcanzan como motivo para movilizar a la población para que brinde apoyo político al proyecto lleno de riesgos de una unión que merezca ese nombre. Para movilizar hacen falta valores compartidos.

Ciertamente, la legitimidad de un régimen depende también de su eficiencia. Pero las innovaciones políticas, como la construcción de un Estado formado por Estados-nación, requieren de la movilización política en pos de objetivos que interpelen no sólo los intereses, sino también los espíritus. Las constituciones nuevas siempre han sido respuestas históricas ante situaciones de crisis. Ahora bien, ¿cuáles son las crisis a las que se enfrentan las sociedades de Europa occidental, más bien prósperas y pacíficas?

Las razones económicas para la Unión Europea tienen que combinarse con ideas de cuño por completo diferente para conseguir en los Estados que la integran mayorías nacionales que apoyen una modificación del *statu quo* político –digamos, por ejemplo, la idea de la salvaguarda de una cultura y una forma de vida específicas que hoy se encuentran en peligro.

La gran masa de los ciudadanos europeos se siente unida en aras de la defensa de la forma de vida que supo desarrollar en las regiones privilegiadas de este lado de la Cortina de Hierro durante el segundo tercio del siglo XX –o sea, lo que Hobsbawm llama "la Edad de Oro"–.

Ciertamente fue el rápido crecimiento económico el que proveyó la base para un estado de bienestar en cuyo marco se regeneraron las sociedades de posguerra europeas. Pero el único resultado que cuenta de esa regeneración es aquella forma de vida en la que, sobre la base del bienestar y la seguridad, se fue desarrollando toda la riqueza y la diversidad nacional de una cultura centenaria y atractivamente renovada.

Las ventajas económicas de la unificación europea sólo cuentan como argumento para seguir ampliando la Unión Europea en el contexto de un poder de atracción cultural que va mucho más lejos que la dimensión económica. La amenaza a esa forma de vida, y el deseo de preservarla, son estímulos para idear la visión de una Europa futura que esté en condiciones de enfrentar los desafíos actuales de manera innovadora.

MODERNIDAD Y GLOBALIZACIÓN

Más allá de que consideremos la globalización económica como aceleración de tendencias existentes desde hace tiempo, o bien como una transición hacia una forma novedosa de capitalismo transnacional, en ambos casos comparte rasgos preocupantes con todos los procesos de modernización acelerada.

En períodos de cambios estructurales vertiginosos se produce una distribución cada vez más inequitativa de los costos sociales. Cada vez es mayor la desigualdad entre los ganadores y los perdedores de la modernización. Va de la mano con las expectativas generalizadas de mayores cargas en el corto plazo y mayores beneficios en el largo plazo. Sólo que esta última oleada de globalización económica no es en absoluto consecuencia de una evolución natural.

Dado que la globalización de los mercados es el resultado de decisiones políticas intencionales (las rondas del GATT y el establecimiento de la Organización Mundial del Comercio), también debe ser posible contrarrestar las consecuencias indeseadas de esas decisiones, no a través de una inversión del proceso, sino a través de políticas sociales y económicas complementarias y compensatorias.

En términos generales, dichas políticas deben adaptarse a las necesidades de grupos diferentes. En el caso de los perdedores de reciente data, la falta de empleo puede ser superada con inversiones en capacitación y reconversión laboral, como también a través de empleos eventuales de transición; mientras que los perjudicados a largo plazo deberían ser indemnizados a través de alguna forma de ingreso básico disociado de la situación laboral. Claro está, los programas con efectos de redistribución del ingreso no son fáciles de imponer, tanto más cuanto que los perdedores de la modernización ya no pertenecen a la clase trabajadora industrial con fuerte capacidad de veto.

La decisión política acerca de si una sociedad está dispuesta a pagar por un nivel adecuado de bienestar general, que excluya la segmentación de grupos marginales y la exclusión social como tal, depende cada vez más de los considerandos acerca de la justicia, sobre todo de la sensibilidad de amplios sectores de la población frente a los fenómenos claramente perceptibles de lesiones a la solidaridad. Sin embargo, esos considerandos normativos sólo pueden movilizar a las mayorías en la medida en que estén enraizados en las tradiciones de la cultura política imperante.

Esa presunción no carece de realismo en los países europeos donde las tradiciones políticas del movimiento obrero, de la doctrina social de la Iglesia y del liberalismo social todavía garantizan una cierta resonancia de las nociones de solidaridad social. Los estudios culturales comparados atribuyen a Europa un patrón de valores en el que el individualismo privado se combina con el colectivismo público de manera única.

Al menos en su presentación pública, los grandes partidos políticos siguen sacando provecho de ese trasfondo de valores; enarbolan un concepto material de ciudadanía democrática y aún en tiempos de competencia entre los Estados por atraer el favor de los inversores, deben seguir rindiendo examen en lo que hace al carácter inclusivo de sus políticas sociales.

Aun bajo esa premisa se plantea la cuestión de por qué los gobiernos nacionales no están mejor preparados que la lenta burocracia de Bruselas para implementar con mayor eficacia políticas que hagan de contrapeso y programas compensatorios.

Llegamos aquí al punto controvertido del impacto de la globalización económica sobre el margen de acción de los gobiernos nacionales. Yo mismo he subrayado que asistimos a un giro hacia una constelación posnacional. Entretanto, se han planteado argumentos en contra. Sea como fuere, no existe una relación lineal entre la globalización de los mercados y una decreciente autonomía de los estados, ni existe necesariamente una relación inversa entre el nivel de empleo y la seguridad social.

"En períodos de cambios estructurales vertiginosos se produce una distribución cada vez más inequitativa de los costos sociales. Cada vez es mayor la desigualdad entre los ganadores y los perdedores de la modernización."

"Se trata de conservar las condiciones de vida materiales, las oportunidades para la educación y el ocio, los espacios de configuración social que le dan valor de uso a la autonomía privada y de esta manera vuelven posible la participación democrática."

EUROPA CONTRA EL IMPERIO

Sin embargo, persiste el problema en torno de la capacidad de acción de nuestros pequeños o medianos Estados-nación por separado para resistir a la larvada asimilación al modelo de sociedad que les es sugerido por el régimen dominante de la economía mundial. Si se me permite un cierto subrayado grueso de tono polémico, ese modelo se caracteriza por cuatro instancias:

* por la imagen antropológica del hombre como un empresario que toma decisiones racionales y explota su propia fuerza de trabajo;

* por la imagen moral de una sociedad posigualitaria que se resigna a las marginaciones, desplazamientos y exclusiones;

* por la imagen económica de una democracia que reduce a los ciudadanos al estatus de miembros de una sociedad de mercado y que redefine al Estado como una empresa de servicios para clientes y consumidores;

* finalmente, por la pretensión vanamente estratégica de que no hay mejor política que aquella que se vuelve superflua hasta para sí misma.

Esos son los ladrillos con los que se construye la imagen neoliberal del mundo, que, si estoy en lo cierto, es ajeno a la comprensión normativa que los europeos tienen de sí.

¿Y EL PUEBLO DÓNDE ESTÁ?

Ahora bien, los escépticos frente a la idea de Europa rechazan que se pase de la legitimación a través de los tratados internacionales a una Constitución Europea con el argumento de que "no existe el pueblo europeo".

Lo que parece faltar es el sujeto que se necesita para un proceso constituyente, vale decir aquel singular colectivo del "pueblo" que desee constituirse a sí mismo en una nación de ciudadanos. Sin embargo, esta "tesis del no-pueblo" ha sido criticada por razones conceptuales y empíricas.

La nación de ciudadanos no puede ser confundida con una comunidad de destinos prepolítica, signada por el origen, la lengua y la historia comunes. Al caer en esa confusión, se pierde de vista el carácter voluntarista de la nación de ciudadanos, cuya identidad colectiva no existe ni previa ni independientemente del proceso democrático del que surge. En ese contraste entre la nación de ciudadanos y la nación popular es donde se refleja una de las grandes conquistas del Estado-nación democrático, que con el *status* de la ciudadanía generó una solidaridad totalmente nueva (por lo abstracta), mediada por el derecho.

La conciencia nacional surgió tanto de la comunicación masiva de los lectores de la prensa escrita como de la movilización masiva de los conscriptos y los votantes. Dicha conciencia lleva la impronta tanto de la construcción de orgullosas historias nacionales como de los discursos públicos de los partidos políticos que luchan por la influencia y el poder.

De la historia de la génesis de los Estados-nación europeos puede aprenderse que las nuevas formas de la identidad nacional tienen un carácter artificial que sólo pudo surgir bajo determinadas condiciones históricas en el curso de un proceso que se extendió durante todo el siglo XIX. Esa formación identitaria se debe a un doloroso proceso de abstracción en el que las lealtades locales y dinásticas fueron superadas en la conciencia de los ciudadanos democráticos, que se saben pertenecientes a la misma nación. De ser así, no hay razones para suponer que la formación de ese tipo de solidaridad ciudadana tenga que detenerse en las fronteras del Estado-nación. Las condiciones bajo las cuales surgió la conciencia nacional también nos recuerdan las condiciones empíricas que deben darse para que pueda constituirse,una formación identitaria, tan improbable, más allá de las fronteras nacionales: a) la necesidad de una sociedad civil a escala europea; b) la construcción de una esfera pública a escala europea, c) la creación de una cultura política compartida por todos los ciudadanos de la UE.

Esos tres requerimientos funcionales de una Unión Europea con una Constitución democrática pueden concebirse como puntos de referencia para desarrollos complejos, pero convergentes. Dichos procesos pueden ser acelerados y llevados hacia la convergencia por el efecto catalizador de una Constitución.

Europa tiene que volver a aplicarse reflexivamente la lógica de ese proceso circular en el que el Estado democrático y la nación se generaron mutuamente. En el principio sería el referéndum constitucional el que pondría en marcha un gran debate en toda Europa. Es que el proceso constituyente es un medio único para la comunicación más allá de las fronteras. Tiene el potencial de una profecía autocumplida. Una Constitución europea no sólo volvería manifiesto el desplazamiento en el poder que ha tenido lugar silenciosamente; también promovería la aparición de nuevas constelaciones de poder.

Selec. y trad. Silvia Fehrmann.

La vía democrática

POR SILVIA FEHRMANN

Las intervenciones públicas de Jürgen Habermas, acaso el filósofo en vida que más debates impulsa en el ámbito del pensamiento internacional, han tenido en la última década un escenario privilegiado: los suplementos culturales de los grandes diarios alemanes. Tanto los ensayos sobre la eugenesia, el manifiesto por una Constitución europea, los planteos sobre derechos humanos y fundamentalismo religioso o las intervenciones en los frentes de guerra, se han leído primero en las páginas de *Die Zeit* o la *Süddeutsche Zeitung* (los fragmentos que se reproducen en estda edición aparecieron el 4 de julio en *Die Zeit* con el título "Por qué Europa necesita una Constitución"). Elegir ese escenario constituye todo un postulado sobre el lugar del intelectual en la sociedad: escribir sobre los temas relevantes para nuestro tiempo con claridad tal que un lector educado pueda formar su opinión de manera autónoma.

En el plano teórico, en la última década, Jürgen Habermas ha centrado su preocupación en un universalismo bien entendido. ¿Cuál es el fundamento filosófico para plantear límites morales a la manipulación genética o postular derechos humanos de validez universal? Al defender la razonabilidad de una moral que respete del mismo modo a todo sujeto humano (incluidos sus clones, incluidos nuestros futuros Frankensteins), Habermas postula la idea de una comunidad moral de los seres humanos, "constituida sobre la idea negativa de eliminar la discriminación y el sufrimiento e incluir al marginado".

Dicha comunidad moral de los hombres constituye también la base de su segundo caballito de batalla: la "constelación posnacional". Para superar la impotencia teórica y práctica que generan la globalización y el neoliberalismo hegemónico, Habermas postula la necesidad de que Europa se constituya en una Federación con capacidad de acción social, económica y, sobre todo, política. Sólo una Europa con legitimidad democrática podría bregar por un orden cosmopolita que respete las diferencias y genere mayor igualdad. Y sólo un Estado supranacional estaría en condiciones de dar batalla al régimen neoliberal (¿acaso no cabría soñar también con una República Federal del Mercosur?).

A lo largo de su vida y obra, Habermas ha construido, independientemente de la evaluación que de él se haga, un edificio intelectual de portentosa coherencia, con fundamentos de tal solidez (su teoría de la acción comunicativa) que le permiten articular una concepción de la "política deliberativa" y que resulta esperanzadora incluso en estos tiempos de oscura mediocridad de los gobernantes (del centro a la periferia, parecemos vivir en un mundo en el que el peor de los casos es la regla, y no la excepción). En dicha concepción de la democracia, la sociedad civil tiene un papel protagónico como base social para consolidar esferas públicas autónomas.

"En el modelo liberal, se respeta un límite entre la sociedad y el Estado. En el nuestro, la sociedad civil se diferencia tanto del sistema económico como de la administración pública." De allí se desprenden consecuencias normativas: la exigencia de modificar la relación de peso entre los tres recursos en que las sociedades modernas basan su integración y su gestión, que no son otros que el dinero, el poder administrativo y la solidaridad. Para Habermas, una democracia que se precie debe buscar la forma de que se despliegue el poder de la solidaridad, generadora de integración social.

Para que la solidaridad pueda imponerse sobre los otros dos poderes, el dinero y el poder administrativo, debe poder desplegarse a través de las opiniones públicas autónomas y de procesos democráticos de formación de laopinión y la voluntad política. Dicho en otros términos, y traducido a realidades más brutales, habrá que repensar cómo proteger nuestros endebles circuitos de opinión pública independiente, habrá que exigir que se reforme, por lo menos, nuestro distorsionado sistema electoral y nuestros frágiles mecanismos de participación popular en la gestión pública si pretendemos que la solidaridad sea más que un acto de limosna, un sentimiento de moda o una actitud políticamente correcta.


Cristian Dios y Sergio De Loof (1989)

Aquí yace el frívolo

PANADERÍA Y CONFITERÍA "LA MODERNA"
Sergio De Loof
Colección Hombres Inquietos
Buenos Aires, 2002
110 págs.

POR GABRIELA BEJERMAN

¿Memorias? ¿Manifiesto? ¿Literatura? *Panadería y confitería "La Moderna"*, el primer libro de Sergio De Loof, lleva a un block de páginas su vida y su obra. Si es verdad que "la vida de los artistas es maravillosa", el modisto oriundo de Lanús parece decidido a contagiar un poco de su *trash-glamour* argentino en un formato creado a su medida. La acumulación de sustantivos, las mayúsculas, el subrayado, las comillas e itálicas se convierten en los recursos literarios de un esteta del suburbio y prevalecen en este libro lleno de oralidad nocturna, telefónica, confesional.

Quizá deba leerse el libro más allá de los géneros, que atraviesa descaradamente: listas, poemas, árbol genealógico, proyectos pasados y futuros, nombres propios, fragmentos de conversaciones, de reuniones. En esta clasificada miscelánea, las mayúsculas realzan, dan a lo plebeyo un significado de sangre azul. Pero el humor curva la grandeza, conviven sin solución de continuidad lo alto y lo bajo. El anhelo de lo sublime es un deseo firme, continuo, y a la vez atravesado por otros tonos: el sarcasmo, el rumor, el chiste.

Para contar la noche porteña desde los noventa, para testimoniar esa circundante modernidad, lo que más importa es la mirada propia que selecciona y jerarquiza: con retazos, el libro cose vestidos como capítulos. La experiencia, el gusto y el capricho de un ego exaltado construyen esas enumeraciones, estableciendo un adentro y un afuera.

Mientras proyecta su propio mapa del mundo artístico-*fashion*, el autor se las arregla para pertenecer él mismo a la elite y al suburbio a la vez. Si recorre Recoleta y de noche vuelve a Lanús, no hay intenciones de ocultar tramos. Esa alternancia lo constituye, y en su libro se da la exhibición estética de lo público y lo privado. En un único nivel, el de "la vida de artista", incluye tanto su lista de supermercado (paleta, antigrasa, fósforos) como los proyectos que le gustaría algún día concretar (cartel en Ruta 2 que diga "Buen viaje les desea Sergio De Loof", obra de títeres con títeres de famosos, el altar a la belleza), pasando por su currículum completo (monaguillo, lavacopas, vendedor de enciclopedias casa por casa).

Si una idea subyace en *Panadería y confitería "La Moderna"* es la del artista como un genio cotidiano, alguien para quien no existe diferencia entre lo alto y lo bajo porque vive poniendo en cada acto el énfasis de una obra. "Aquí yace el frívolo", reza el epitafio que pensó para su propio funeral. Decir la propia frivolidad es romper la lógica de quien puede estar afuera de ella y señalar, acusando. ¿Testamento? Quizá imaginar la muerte también haya sido uno de los motivos de la escritura de este conjunto de memorias. Aprovechar que se está vivo para mostrarse y recordar. Vivir diciendo para escuchar lo que adentro habla. Si la literatura crea una arquitectura cerrada, independiente del autor, aquí es el acto de escribir lo que construye al personaje real, lo vuelve materia artística y convierte su vida en una obra en curso.

Filosofía del genoma

EL FUTURO DE LA NATURALEZA HUMANA ¿HACIA UNA EUGENESIA LIBERAL?
Jürgen Habermas
Trad. R.S. Carbó
Paidós
Barcelona, 2002
152 págs.

POR SANTIAGO LIMA

¿En qué anda la filosofía cuando, como señala Jürgen Habermas, "la opresiva actualidad del día nos arrebata la elección del tema"? En esos arrebatos la filosofía encontraría fuerzas para definir su lugar en el mundo, sus objetos de reflexión y su relación con los demás discursos. Habermas es heredero de la tradición de la teoría crítica alemana fundada por Max Horkheimer y Theodor Adorno durante la convulsionada República de Weimar. Es conocida su toma de partido por la democracia como forma "moral" de relación entre los hombres y, por lo tanto, su constante preocupación por las acciones comunicativas y los contratos sociales que llevan el nombre de Constitución (ver nota de tapa).

Esta posición política es, para el filósofo alemán, el mayor resguardo para evitar las posiciones metafísicas, que –en su perspectiva– bloquean la discusión en la medida en que instalan un *a priori* moral indiscutible. *El futuro de la naturaleza humana*, precisamente, reúne tres textos breves que se interrogan sobre la posibilidad de una respuesta post-metafísica a la pregunta por la "vida recta", para lo cual Habermas examina críticamente las posiciones liberales en lo que a la eugenesia se refiere, para ver hasta dónde esas posiciones socavan la autocomprensión de la especie humana y hasta dónde bloquean el compromiso moral de todos y cada uno de los individuos.

La eugenesia, como disciplina cuyo objetivo es el mejoramiento de la vida, es un invento del siglo XIX y, como tal, una excrecencia del positivismo. Sus consecuencias, sin embargo, sólo pudieron comprenderse cabalmente con la masiva aplicación de políticas eugenésicas durante el nacionalsocialismo, obsesionado con el "mejoramiento de la raza" y la eliminación de los brotes de vida que "no merecían ser vividos".

Menos de cien años después, la discusión a propósito de la "vida que no merece ser vivida" retorna, de la mano de las técnicas de manipulación genética y en el contexto de una discusión post-fascista (es decir, liberal) de los alcances de las intervenciones genéticas "perfeccionadoras" (a diferencia de las intervenciones "terapéuticas").

Hay un debate sobre las "biopolíticas" (las políticas de manipulación de lo viviente) a ambos lados del Atlántico, y Habermas pretende intervenir en él. Mientras en Europa en general (y en Alemania en particular) las posiciones son más bien principistas y están saturadas "de conceptos normativos de persona, y cargados de concepciones metafísicas de la naturaleza", en los Estados Unidos el acento está puesto en el "cómo" de un proceso que ya no se cuestiona y que, "yendo más allá de la aplicación de las terapias genéticas, llega hasta el *shopping in the genetic supermarket*".

En el año 1973 consiguieron separarse algunos componentes elementales de un genoma y combinarlos de nuevo. Desde entonces, los desarrollos de la genética permiten prever todo ti-

LOS SOSPECHADOS
Milita Molina
Santiago Arcos editor
Buenos Aires, 2002
120 págs.

La voz de nuestro tiempo

POR ADRIÁN CANGI

Los sospechados –junto con *Aventuras de un novelista atonal* de Alberto Laiseca, entre las primeras entregas de la novísima editorial Santiago Arcos– habita en la genealogía de los que amando el lenguaje se han lanzado contra éste. Ultimo texto de Milita Molina, quien nos sorprendió con *Fina voluntad* (1993) y *Una cortesía* (1998), *Los sospechados* compone su verbalidad en el intervalo imposible que se sustrae, a fuerza de agudeza, de todo nexo innecesario y de toda transparencia inútil. Se trata de un avanzar digresivo que acumula desviaciones, paréntesis, notas marginales y también, quizás, alguna incoherencia. Este avanzar despliega fragmentos y la voz narradora dice: "Éste es un fragmento –pero siempre es un fragmento–; no es ésta la materia de discusión". La digresión y el fragmento vuelven este libro un heredero de los linajes más radicales de la experiencia moderna, la que se libró del habla demasiado larga y avanzó sustrayendo sin concesiones.

Libro intempestivo que recoge sedimentos e indica la biblioteca de sus afectos para desmarcarse de los lenguajes tibios del presente, también deja registro, como un diario, de una pendiente propia de la insignificancia. La voz que recorre estas páginas recuerda para sí que las anotaciones ínfimas son un modo de escapar al silencio, antes de que las atrape la escritura plenamente. "Cuando el edificio social se desmorona", sostiene Arlt, "no hay lugar para bordados". La voz narradora vigilante del espíritu de este tiempo integra el desmoronamiento general como principio de composición. Las miserias son también una afirmación del tiempo; y este libro, su lúcida escritura.

Dice la voz: "No invento nada y, en consecuencia, me piden la historia". Por ello, la voz insiste en la fuerza de imagen de la "feroz faena", la de "la hebra de nicotina que ya no puedo ocultar". El hilo del relato está allí, en los intervalos que produce y en la agudeza con la que los compone. Se requiere coraje para profundizar y destrizar, para encontrar la "nada". Esta escritura dice sin medida y también recoge la herencia del maestro de las naderías, Macedonio Fernández, el que dijo: "Es una verbalidad, es decir, el absurdo de una causa del mundo".

La voz se agudiza, desdobla y polemiza. Dice: "Cuando no hay nada que escribir, se escriben esas novelitas enconchadas de Milita Molina". De ese desdoblamiento nace otra voz que, astuta, sabe de cortesías, pero su linaje también conoce de tajos hasta el hueso. Amenazada, la voz funciona como una máquina de guerra en la mejor herencia de Osvaldo Lamborghini.

El Testigo de Oficio, al igual que el previsible militante, el público estereotipado, la bonita profesora, el filósofo portátil, el taxista, justicialista y policía son figuras, más que inmaduras, intermedias, que atraviesan el relato, como señala en el prólogo a la edición Germán García. Estas figuras intermedias se yerguen escurridizas y se descomponen en su vacuidad. Ningún saber de "jesuita panfleta-

po de manipulaciones. El "diagnóstico de preimplantación" (DPI) posibilita hoy someter los embriones a una prueba genética preventiva y, llegado el caso, no implantarlos. Más allá de las posiciones intuitivas que en favor o en contra de una acción semejante se tengan, Habermas razona que en esa práctica es ya casi imposible hablar de una manipulación genética terapéutica porque esa vida prepersonal jamás tendrá posibilidad de acordar con la decisión tomada por terceros.

La argumentación de Habermas tiende a demostrar (evitando lo que él identifica como posiciones religiosas o metafísicas) el carácter profundamente antidemocrático de las manipulaciones genéticas perfeccionadoras, por más liberal que sea el contexto en el que se apliquen: "Es inquietante que hagamos *por otros* una distinción tan rica en consecuencias entre una vida que merece vivirse y una vida que no merece vivirse". La irreversibilidad de las consecuencias de manipulaciones genéticas (a diferencia de cualquier otro tipo de herencia) es problemática. "La razón por la que la dependencia de un programa genético fijado *intencionadamente* resulta relevante para la autocomprensión de la persona programada es otra: le está prohibido por principio intercambiar los papeles con su programador", y de ahí su carácter perturbador. "La programación eugenésica perpetúa una dependencia entre personas que saben que para ellas está excluido por principio intercambiar sus respectivos lugares *sociales*. Una dependencia social semejante, que no puede invertirse porque está anclada adscriptivamente, origina un cuerpo extraño en las relaciones de reconocimiento recíproco-simétricas de una sociedad moral y legal de personas libres e iguales".





rio" podrá alcanzarlas plenamente. ¿Qué papel juegan estas figuras intermedias? Rebaño gris que busca a toda costa la transparencia y los nexos omnicomprensivos de las acciones. Afirma la voz: "Donde pululan las razones psicológicas. De política no saben un choto. Y la literatura: ausente". Así como los "culones" y "nalgudos" fueron absorbidos por O. Lamborghini, las "culastronas" lo son por Milita Molina. La máquina de ficción funciona con el combustible de los lugares comunes y los estereotipos, y hace del lector moralizante su cadáver exquisito. Con integridad la voz afirma: "Cuando puedo, me excedo". La voz tiene razón y anuncia uno de los postulados de César Aira: "Eso es el poder. El poder es poder cambiar de tema". Y lo hace sin la flexibilidad de los nexos, abruptamente, para construir la agenda propia de los recorridos.

Algún lector recorrerá estas páginas intempestivas y formulará la pregunta: *¿Por qué no dice nada más?* Sorprendida, sin sacar los trapitos al sol, sin exponer la evidencia, desconfiando como se debe de una confidencia almibarada, Milita Molina dirá: "¡Cuán bajo he caído! Estoy aquí para explicarles el Naides (el más simple y perfecto de nuestros vocablos)". Naides es el retorno del chiste suyo, el de Osvaldo Lamborghini, por una voz que lo toma, lo procesa y se aleja para recordarnos que se trata de revolcarse con una selecta tradición. Y O. Lamborghini "se revolcó con Hernández de lo lindo".

Doce trucos para el éxito instantáneo

LA CIUDAD DE LAS BESTIAS
Isabel Allende
Sudamericana
Buenos Aires, 2002
304 págs.

POR ALEJANDRO PALERMO

El fenómeno *Harry Potter* demostró que el mercado de libros para jóvenes era capaz de consumir un título en cantidades millonarias y en un tiempo relativamente corto. *La ciudad de las bestias*, la última novela de Isabel Allende, despega sobre la plataforma que dejó preparada el *boom* de Joanne Rowling, además de su ya aceitadísima relación con el mercado.

La ciudad de las bestias, de hecho, es un excelente producto de mercado: parece haber sido meticulosamente diseñado para que lo compren. Lo que sigue es una enumeración de algunos de los factores que intervienen en ese diseño. 1) Una autora exitosa, que lleva vendidos 35 millones de ejemplares de sus obras anteriores, consagradas ya como *best-sellers* para adultos. 2) Una escritura plana, no conflictiva, en una variedad del español que recuerda a la de los doblajes de películas para el mercado hispanoparlante en general. 3) Una anécdota calcada sobre la estructura del viaje del héroe (consagrada por diversos públicos desde que la historia es historia). 4) Un conjunto de motivos "de actualidad", que incluye desde el ecologismo y el respeto por la diversidad étnica hasta consejos sobre la conveniencia de evitar adicciones (y métodos para lograrlo), pasando por muletillas *new age* (centradas fundamentalmente en la autoayuda) y asiduas referencias a prácticas chamánicas. 5) Los componentes clásicos del relato de aventura (se trata de una expedición por el Amazonas) que se agolpan con un ritmo frenético: siempre se está al borde de la muerte; a las cien páginas, ya es obvio que sólo morirán algunos personajes incidentales o muy perversos. 6) Una caída constante en esquemas maniqueístas, combinada con el culto al buen salvaje y la representación demoníaca de la ambición de los hombres civilizados (algunos de éstos, por fortuna, resultan ser buenos; aunque conviene tener cuidado: no todo lo que relumbra es oro, y esta máxima justifica la infaltable vuelta de tuerca final de un relato en el que sobran las moralejas). 7) La representación de personajes estereotipados, entre los que se destaca el protagonista: un chico californiano de quince años que continuamente certifica ese improbable lugar común según el cual todos fuimos muy tímidos y muy temerarios a esa edad. 8) Una significativa impunidad con respecto a las exigencias de la verosimilitud (tal vez cercana al último cine de aventuras de Hollywood): la diversidad de lenguas, por ejemplo, a veces es un obstáculo para la comunicación; a veces, ese obstáculo se esfuma; otras, en el transcurso de un mismo diálogo, se pasa de la opacidad a la transparencia sin justificación (¡y esos chicos, Alex y Nadia, que se ponen a hablar como adalides de la corrección política, hasta que, en algún momento, se enteran de que no entienden lo que están diciéndose!). 9) Un narrador en tercera persona que parece plantear al lector y plantearse a sí mismo tantas complicaciones como las que enfrenta el encargado de programar la música funcional de un *shopping*. 10) Una prueba de lectura, antes de la publicación del libro, a cargo de jóvenes lectores españoles, que determinó que la autora cambiara el final, aparentemente demasiado abierto. 11) Una salvaje campaña publicitaria. 12) Dos secuelas que ya se están gestando: una, en el Himalaya; la otra, en algún lugar de Africa. Tal vez no haya nada malo en un producto estratégicamente diseñado para el éxito. *La ciudad de las bestias* se va a vender muy bien en estas fiestas. Habrá una película, y algún día olvidaremos si fue primero la novela y luego la película, o viceversa. Algunos docentes sacarán provecho de los diversos motivos "de actualidad" y de las estructuras arcaicas que propone la historia. Todo eso está bien: es lícito y hasta meritorio que así suceda. Sólo cabe esperar que no olvidemos que la literatura (también) está en otros libros; que los adultos (escritores, editores, libreros, padres, docentes) no nos olvidemos de darles a los jóvenes lectores la oportunidad de conocer otros héroes que, como la Alicia de Carroll y el Holden de Salinger, no nacieron para ser protagonistas de un videojuego.

"Berlín, devuélveme a mi padre"

Eduardo Berti participó como invitado del más importante Festival de Literatura de Europa y escribió para **Radarlibros** un diario sobre su experiencia en la capital alemana.

POR EDUARDO BERTI

10 DE SEPTIEMBRE La eficiencia alemana no es más lo que era. Algo leí acerca de esto en un diario, no hace mucho. Ahora me toca comprobarlo en carne propia: la persona que debía buscarme en la estación Berlin Zoo brilla por su ausencia. Quince minutos de espera y un taxi al hotel. Como compensación me dan, con la llave del cuarto, una nota de bienvenida y un programa con las actividades: segunda edición del Festival de Literatura de Berlín, unos cien escritores de todo el mundo: desde Alessandro Baricco, Michel Deguy o Tahar Ben Jelloun hasta Jorge Volpi, Paul Nizon, Stefano Benni o Lars Gustafsson, pasando por muchos jóvenes inéditos en alemán.

Al bosnio Dzevad Karahasan le ha tocado leer el discurso de apertura, en el que contesta la tesis de Huntington sobre el "choque de civilizaciones": "Si algo nos puede salvar de la infiltración de la aritmética en este mundo de las formas reales, es la literatura. La literatura verdaderamente buena. La literatura que desde tiempos inmemoriales sabe que, como dijo Silesius, la rosa no tiene porqué, florece porque florece".

11 DE SEPTIEMBRE Lyn Manuel es la nueva *Evita*. Eso proclaman los carteles callejeros. Es mi primera vez en esta ciudad. Me gusta mucho, a excepción del área nueva de Postdamer Platz, una fría jungla de arquitectura de vidrio sobre lo que antes era una *no man's land* vecina al muro. Acaso porque Alemania está en vísperas de elecciones, la televisión parece haberse volcado a la calle. En una misma tarde, tres encuestadores se me acercan. "*I'm sorry, I don't speak german*", es mi caballito de batalla. Llego por fin al Berliner Ensemble, el legendario teatro de Bertolt Brecht donde se hará la mayoría de las lecturas. Me recibe una chica rubia de unos veinte años. Como la veo gentil, pregunto mapa en mano si me puede explicar por dónde corría exactamente el muro. Tengo la tarde libre y quiero pasear. "Me da vergüenza, pero no lo sé", titubea. "No lo sé."

Por la noche, lectura de Antonio Skármeta. Habla del 11 de septiembre chileno, luego de que por la mañana Eliot Weinberger, Daniel Cohn-Bendit y Bernard Henry-Lévy debatieran sobre el de Nueva York.

12 DE SEPTIEMBRE Es el día de mis lecturas: de tarde leo en castellano, de noche escucho cómo una actriz lee lo mío en traducción al alemán. La primera lectura la comparto con la poeta mexicana Tedi López Mills, que ha venido con su esposo, el escritor Alvaro Uribe. No tardan en contarme las acaso infaltables anécdotas sobre Juan Rulfo. Liliana Heker, que debía leer conmigo, ha llegado con retraso y de momento sin valijas. Así y todo, lee por la noche su ya clásico cuento "La fiesta ajena". Alguien la interroga acerca de la crisis económica. "La crisis no es sólo económica", precisa.

13 DE SEPTIEMBRE Debate sobre "Literatura y crisis en la Argentina" en el Instituto Iberoamericano, a orillas del río Spree. Alberto Manguel dice que "la Argentina no existe". Liliana Heker salta, casi escandalizada, aunque yo creo entender que el problema es semántico, que Manguel se refiere no a los argentinos sino a las instituciones. Terminado el debate, un periodista alemán nos comenta, entre absorto y admirado, "con qué pasión discuten ustedes".

14 DE SEPTIEMBRE Paseo por la ciudad. En la Wilhemstrasse se ha erigido un memorial ("Topografía del horror") en homenaje a las víctimas del nazismo. Queda sobre los escombros de los antiguos cuarteles centrales de Hitler y a espaldas de uno de los últimos vestigios del muro: toda la historia del siglo concentrada en pocos metros. De allí, tras una vuelta por el barrio de Kreutzer, vamos al flamante Museo Judío con Liliana Heker. Pese al guía que habla y habla y habla, se hace difícil dominar la emoción. En una carta escrita clandestinamente desde un campo de exterminio, la frase que sigue a "mañana nos trasladan" yace bajo una gruesa tachadura negra. Uno ha visto fotos de eso, pero aquí se trata del objeto real. Más lejos, una plancha enorme de tela, mitad enrollada, mitad desplegada, y como recién salida de una máquina textil. El estampado, sobre fondo amarillo, no presenta otra cosa que cientos de estrellas con la leyenda "Judío".

15 DE SEPTIEMBRE Cada escritor invitado tiene un padrino. En alemán le dicen, un poco exageradamente, "ángel guardián". El mío se llama Norbert Kron. Tiene 37 años. Acaba de editar *Autopilot*, su primera novela. Me lleva a recorrer los barrios de la antigua zona del Este: la arquitectura stalinista de la Karl Marx Allée que desemboca en unos monoblocks sin gracia, igualitos a los nuestros. Me enseña las viejas casas, todavía sin reformar. "Hace diez años había un montón, ahora quedan unas pocas." Me enseña un Trabant gris, estacionado. "Hacía diez años había un montón, ahora quedan unos pocos."

16 DE SEPTIEMBRE España es el país homenajeado este año. Eduardo Mendoza, Julio Llamazares, Manuel Rivas, Jesús Ferrero y Almudena Grandes encabezan la delegación, que incluye al poeta Tomás Segovia. "¿Argentino?", pregunta Llamazares y se pone a hablar, con orgullo, de su amigo Miguel Angel Solá.

17 DE SEPTIEMBRE "El festival estuvo a punto de no hacerse", me comenta Frank Berberich, director de *Lettre International Alemania*. Si algo lo salvó fue el empuje de su director Uli Schrieber, que viene de la arquitectura. Thomas, un uruguayo residente aquí desde hace ya tres décadas (dueño de la librería hispana de la ciudad), lamenta que "el presupuesto para todo lo vinculado con la cultura sea cada vez menor".

18 DE SEPTIEMBRE La historia del escritor judío Yoel Hoffmann: nacido en Hungría en 1938, escapó a tiempo de los nazis, se radicó en Israel y publicó hace cuatro años una novela (*Bernhardt*) acerca de un judío alemán en plena Segunda Guerra. Invitado al Festival, por vez primera en Alemania, escribió para la ocasión un lacónico poema: "Oh Berlín/ devuélveme a mi padre".

19 DE SEPTIEMBRE Al margen de lo que ocurre en el Ensemble, hay muchas actividades por doquier. Charlas en el British Council, lecturas en cárceles, lecturas en colegios a cargo de autores de literatura infantil (Ana María Machado, Michael Morpurgo) y hasta un festival de cine especialmente concebido, en el que se pueden ver largometrajes inspirados en alguna obra de un autor invitado.

20 DE SEPTIEMBRE Falta un día para que cierre el Festival y Uli Schrieber ya calcula una presencia total de 50 mil personas. Sin contar, dice, las 300 mil que vieron por televisión el debate sobre el S-11 entre Cohn-Bendit y Meddeb. Pese a algunas deserciones de último momento (Bryce Echenique, Nélida Piñón), su balance es positivo.

Debo irme, ya. En el viaje de regreso hojeo la antología del Festival, en la que cada escritor participante escogió tres poemas de su gusto. Caigo en el "Happiness" de Malcolm Lowry, elegido por Paul Nizon: *"My God, why have you given this to us?"*.

NOTICIAS DEL MUNDO

CADA DÍA CANTA MEJOR

Dos fundaciones españolas y una editorial mexicana han lanzado un disco compacto (CD-rom) que contiene la obra completa (26 volúmenes, incluidos dos epistolarios) del escritor mexicano Alfonso Reyes, informó la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica (FCE), asociada para este proyecto con las fundaciones Hernando de Larramendi y Mapfre Tavera, ambas de Madrid. La iniciativa forma parte del proyecto Bibliotecas Virtuales FHL y, en concreto, de la Biblioteca Andrés Bello de Polígrafos Hispanoamericanos, bajo la dirección de Xavier Agenjo Bullón. Alfonso Reyes nació el 17 de mayo de 1889 en la ciudad de Monterrey, en el norte de México, y murió en 1959 en la capital de su país tras residir en España entre 1914 y 1924, donde cumplió funciones diplomáticas.

RENOVACIÓN Y CAMBIO

La Editorial Losada, fundada en 1938 en Buenos Aires por el español Gonzalo Losada, abre una nueva etapa con un proyecto editorial en el que se combinan los grandes autores con escritores noveles o desconocidos para el público español e iberoamericano, explicó su director, Carlos Ortega. La editorial fue vendida por el hijo de Gonzalo Losada a comienzos de los años 90. Su nuevo dueño, Juan Fernández Reguera, mantuvo la línea editorial adaptándola a los nuevos tiempos. Ortega presentó en Madrid diez nuevos libros que mezclan algunos clásicos del sello y novedades absolutas, desde los *Cuentos completos* de Roberto Arlt hasta una *Antología* de Juanele Ortiz, el *Curso de Lingüística general* de Ferdinand de Saussure o la primera novela del español Miguel Bermejo, *De espaldas a nosotros*.

La tentación de negar

En *Cioran, Eliade, Ionesco: L'oubli du fascisme*, la filósofa e historiadora Alexandra Laignel-Lavastine revela la trama secreta de los textos de los más grandes intelectuales rumanos, todos ellos herméticos patrocinadores del fascismo europeo.


EUGÈNE IONESCO

POR SERGIO DI NUCCI

"Es admirable ver que un régimen modifica el derecho, la religión, el arte, y construye una nueva perspectiva histórica. Para ello debe eliminar brutalmente tres cuartos de los valores consagrados." El régimen así elogiado con tanta anticipación, porque estas líneas son de 1933, es el Tercer Reich. Pero su autor no es Joseph Goebbels sino el filósofo rumano Emil Cioran, quien las publicó en un diario de Bucarest.

La delación póstuma de ex ideólogos y ex cómplices del nacionalsocialismo hitleriano y del antisemitismo eliminacionista por parte de sus anteriores camaradas y la exhumación de documentos inoportunos ocupa un lugar central en la experiencia intelectual europea y americana del fin del siglo XX. "¡Nazis, cómo odio a estos tipos!", grita Harrison Ford en el papel de arqueólogo en un film de Spielberg, y con él una audiencia horrorizada, pero fortalecida por el aborrecimiento común.

Lo singular es que esos mismos públicos admiraron sin reservas al existencialista Martin Heidegger, al estructuralista Georges Dumézil, al posestructuralista Paul de Man, a tantos otros, y que, confrontados con la revelación, prefirieron y prefieren seguir admirando, y disculpar.

Un libro de más de quinientas páginas publicado hace unas semanas en Francia, *Cioran, Eliade, Ionesco: L'oubli du fascisme* (P.U.F.), focaliza su atención en el pasado nazi de quienes son los tres intelectuales rumanos de mayor fama en Occidente, figuras muy reconocidas, pero nunca bien conocidas.

Alexandra Laignel-Lavastine, filósofa e historiadora, autora del libro, desentierra los documentos del caso: decenas y decenas de artículos en favor del canciller alemán de 1933 y del pogrom como estilo de gobierno (publicados en la prensa rumana durante el período de entreguerras), documentos diplomáticos hasta ahora secretos, diarios íntimos, cartas, papeles privados y otros inéditos. Nunca podrá leerse del mismo modo ningún texto del filósofo y ensayista E.M. Cioran, del historiador de las religiones Mircea Eliade, del dramaturgo Eugen Ionescu (después Eugène Ionesco). Aunque la experiencia demuestra que, como ocurrió con Heidegger y otros, pasado el sobresalto, los lectores preferirán ignorar toda revelación, y harán como si nada hubiera ocurrido jamás.

A la denegación del Holocausto, que tanto asco produce en los progresistas cuando la descubren en Jean-Marie Le Pen, se corresponde la denegación de la complicidad con él. Como si el Holocausto y el nazismo hubieran podido ocurrir y perdurar sin la elevada defensa que hicieron de él circunstanciados intelectuales. La apología exculpatoria de estos nazis se crispa, porque si se admite la responsabilidad, no pasa demasiado tiempo sin que algo nos salpique. Si Heidegger era un nazi, ¿qué pasa con sus admiradores y herederos Jacques Lacan y Jacques Derrida? (Y no es casual que Hans-Georg Gadamer, embajador cultural del Reich en París, colocara a Lacan tan alto en su estima.)

FIEBRE DEL '33 POR LA NOCHE

Las justificaciones que para aquellos intelectuales rumanos encuentran sus defensores son risibles, pero típicas. Generalmente adoptan la tópica del "ataque de fiebre", intenso pero pasajero: un par de años a lo sumo. Ni tan intenso: después de todo originarios de un país agrario, ni Cioran, ni Eliade, ni Ionesco imaginaron, del Holocausto, su aspecto tecnológico, el exterminio en masa con gases de la química Hoechst.

Durante la Guerra Fría practicaron un anticomunismo también férreo. Como a la España de Franco o al Portugal de Salazar (Eliade estuvo encargado en Lisboa de la propaganda pro-nazi en los años de la Segunda Guerra), esto los ayudó y protegió. Por una paradoja, el comunismo también los protegía, al bloquear el acceso a los archivos en su patria. Podían contar, también, con una ignorancia más general, compartida por europeos y americanos, en todo cuanto toca a la historia rumana. El fascismo rumano llegó a su propio esplendor nacional con los escuadrones de la muerte y los pogroms portátiles de la Guardia de Hierro fundada en 1930 por Corneliu Codreanu. Su ideología tiene rasgos especiales: fe en el Estado Etnico, con unidad lingüística y racial de los descendientes latinizados de la Dacia, religiosidad cristiana ortodoxa, mística exaltada del sacrificio enfilada en la Guerra Santa contra los judíos.

¡SANTA TRINIDAD!

La especificidad de algunas de las grandes distinciones que por cierto existen en esta tríada de intelectuales rumanos. Eliade quedaba subyugado por la virilidad de Codreanu, que se colocaba bajo la imagen del arcángel San Miguel. "El Capitán ha dicho", repetía Eliade sin admitir discusión. En cambio, Cioran prefería, como Adolf Hitler, un líder que delegaba en otros los crímenes, rituales o no, y no mataba policías en la calle con sus manos, como hizo Codreanu. La posición de Ionesco es más sobria, más silenciosa, como parece corresponder a este fundador del "teatro del absurdo". Pero, como Cioran, tendrá un cargo diplomático de su país, alineado "hasta morir" con el eje Berlín-Roma, en la ciudad de Vichy, sede del gobierno colaboracionista francés.

Acaso el mayor mérito del libro de Laignel-Lavastine consiste en demostrar que el fascismo es más originario y sustancial, y finalmente connatural, si puede decirse así, a estos autores. Un viaje hermenéutico para comprender cómo y a través de cuáles formas discursivas se pasa de un vocabulario mitológico a una reorganización mitológica de la historia y, por último, a una proyección, ella también mitológica, de la acción individual y colectiva en la historia, en la tentativa de hacer coincidir historia y símbolo. En palabras de Eliade, cómo se dan las hierofanías del mito. Porque para estos intelectuales rumanos, la historia, a menos que intervinieran en ella salvadores Guardianes de Hierro con espadas flamígeras, era una pesadilla terrorífica.

HERMETISMO

Durante los años que separan al suicidio de Hitler en el bunker berlinés de las propias muertes, los intelectuales rumanos sostendrán con éxito distintas estrategias de disimulo, que buscaban hacer olvidar antes que perdonar un pasado irreparable. Las mismas ideas y creencias que habían hallado su expresión más abierta y explícita en la década de 1930, seguirán nutriendo sus obras. Claro que con la conciencia de que se trataba, en esos tiempos sin poesía, de un mensaje esotérico: "Me pregunto si se entenderá el mensaje secreto de mis libros", anota en 1959 Eliade en su diario (édito), en un pasaje que puede agregarse a los tantos del autor que cita Laignel-Lavastine.

En la Argentina, donde se publicaron por primera vez textos de Eliade (de alguno sólo hay edición nacional), recibimos muchos legionarios ultraderechistas, como los grandes lingüistas Demetrio Gazdaru o Eugenio Coseriu. La historia argentina de estos y otros rumanos está por escribirse. Cada vez que la Guardia escondida se vuelve visible es con escándalo: el 21 de mayo de 1991, Ioan Petru Culianu, profesor titular de Historia de las religiones en la Universidad de Chicago, murió asesinado en el campus de un disparo en la cabeza. El sucesor de Eliade hallaba la muerte por el método de la Guardia de Hierro, y posiblemente a sus manos: el crimen sigue impune.

FOTO NORA LEZANO

Los peligros de la ficción

El secreto y las voces es la tercera novela de Carlos Gamerro y repite algunas de sus obsesiones por la historia reciente de los argentinos, la responsabilidad moral ante los crímenes de Estado. En la siguiente entrevista, el autor habla de sus influencias y su forma de entender la ficción como una zona de alto riesgo.


POR JONATHAN ROVNER

Cuando apareció su primera novela, *Las islas* (1998), sólo quienes no lo conocían pudieron sorprenderse de que fuera saludado como uno de los libros del año. Carlos Gamerro es especialista y docente de Literatura en lengua inglesa. Sus seminarios en la Facultad de Filosofía y Letras son de los pocos lujos que una agobiada universidad pública tiene para mostrar al mundo. En su estudio tiene un televisor con dos tiritas de cinta adhesiva pegadas en la pantalla, para tapar los subtítulos en castellano. Y sin embargo, Gamerro, que acaba de publicar *El secreto y las voces*, su tercera novela después de *El sueño del señor Juez* (2000), parece orientar sus obsesiones narrativas en referencia a temas relacionados con la historia argentina.

¿Qué es lo que en sus novelas hace que el relato se relacione con la Historia?

–Las novelas que escribí después de *Las islas* (*El sueño del señor Juez* y ahora, *El secreto y las voces*) se fueron conectando unas con otras, no sólo por los temas y obsesiones, que son lo propio de un escritor, sino también por algunos lugares y personajes en concreto. Una de las revelaciones del desenlace de *El secreto y las voces* tiene que ver con *Las islas*. Un episodio central en el argumento de *El sueño...* –la historia de la estatua del comandante–, acá aparece como explicación de cierto trasfondo mítico por el que se conoce a Malihuel (el mismo pueblo del que en *El sueño...* se narra la fundación) como la Fuenteovejuna santafesina. Un trasfondo mítico de pueblo rebelde, especie de celebración de una tradición argentina que me parece que sigue siendo vital y que es la de la pueblada. En *El secreto...* lo que hay es más bien lo contrario de ese espíritu rebelde, del que lo único que queda es el mito.

¿Y qué se propone cuando escribe ficción en torno a la Historia?

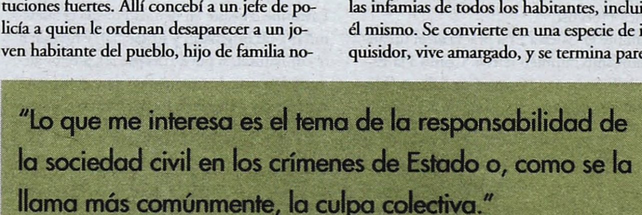
–Y bueno, ésos son los temas que a mí me motivan y me apasionan. Me parece que hay en la década que va de 1973 a 1983 una cantidad de temas e historias que dan suficiente material para toda la vida de un escritor, y hasta diría para toda una literatura. Lo que me interesaba era el tema de la responsabilidad de la sociedad civil en los crímenes de Estado o, como se la llama más comúnmente, la culpa colectiva. Por aquel entonces justo aparecía el debate Goldhagen, en el que se planteaba que todo el pueblo alemán en su conjunto es responsable del Holocausto. Yo no concuerdo con esa tesis, pero me parece un debate muy interesante, porque echa una luz sesgada sobre el tema del proceso y los desaparecidos. Y no se trata tanto de la dificultad de contestarla sino más bien del problema de cómo plantearla. ¿Cómo se establece la responsabilidad si se trata de 25 millones de individuos? ¿Qué hacer? Ni las ciencias sociales ni el derecho tienen la posibilidad de hacerlo. En cambio, la ficción sí. Por eso recurrí a Malihuel, un pueblo chico, pero con instituciones fuertes. Allí concebí a un jefe de policía a quien le ordenan desaparecer a un joven habitante del pueblo, hijo de familia notoria. Y éste es un policía, digamos, de la vieja escuela. No conoce los métodos más modernos, y entiende que hacerlo a la antigua, es decir, sencillamente asesinarlo sin testigos y hacerlo desaparecer, no sería posible. Entonces decide hacer que todos, o por lo menos los habitantes más notorios del pueblo, sean ya no sus testigos sino sus cómplices. Y lo que hace es ir casa por casa, pidiéndoles el aval. Y bueno, las respuestas van del entusiasmo a la reticencia, pasando por el no querer entender, el descreer de la pregunta, etcétera...

En la novela, el narrador es, supuestamente, un escritor que llega a Malihuel y empieza a preguntar por un desaparecido...

–Malihuel es parecido a un pueblito al que yo iba de chico, y al que volví para escribir la novela, después de casi veinte años. Y hablando con la gente y conocidos de entonces, me di cuenta de que ese lugar, el de quien vuelve y pregunta, podía ser un lugar posible para narrar la novela. Así concebí a este narrador, el Fefe, que un buen día aparece en Malihuel y empieza a preguntar, y a averiguar esta historia del asesinato de Ezcurra, con el propósito supuesto de escribir una novela. Digo, si lo que se investiga es la porción de responsabilidad de todo un pueblo, bueno, ¿qué mejor que darle la palabra a cada uno y que cada uno cuente su versión de los hechos y el lugar que ocupó en ese pasado?

Pero, ¿cómo se hace para mantener esa presunción de neutralidad de la que goza la literatura?

–Hay en la novela un tal profesor Gagliardi, que se abocó a la tarea de averiguar qué sabía cada habitante, y construye un archivo al que llama el Registro de Iniquidades de Malihuel, en el que finalmente registra todas las infamias de todos los habitantes, incluido él mismo. Se convierte en una especie de inquisidor, vive amargado, y se termina pareciendo a su antagonista, el policía. La investigación que hace el protagonista es más bien de índole personal, no está motivada por la culpa ni por el derecho a juzgar sino que trata de escuchar a cada uno y reservarse sus juicios. Yo creo que la literatura debe abstenerse de juzgar y sacar conclusiones por el lector. Por eso armé este mosaico de voces en el que cada una tiene su parte de razón. Si yo clausuro la posibilidad de que el lector tenga su propia valoración, ya no estoy representando la realidad si no sólo mis propias ideas. Y para eso están los artículos y las notas, que también escribo, desde mi *yo*, lo que por cierto me resulta más difícil que desde los personajes. Para escribir ficción elijo temas sobre los que no tengo una opinión formada sino sobre los que tengo sentimientos contradictorios. Y escribo más para averiguar lo que siento. Es un trabajo de tanteo, de ensayo y error. Trato de ir buscando una situación inicial que se despliegue sola. Muchas de las cosas que pasan en esta novela las fui descubriendo a medida que escribía. No tenía una idea clara de hacia dónde iba. Pero eso es precisamente lo que me interesa de escribir ficción. Me produce una sensación de peligro, de incertidumbre. De hecho, entro en pánico bastante seguido cuando escribo. Es lo que tiene para mí de emocionante. A veces aparecen cosas que yo no hubiera concebido a partir de mis propias ideas. En la ficción los que piensan y sienten son los personajes. Entiendo que para alguien que no es escritor esto es algo bastante difícil de entender. A Nabokov esta idea no le gustaba para nada y decía que eso es propio de escritores mediocres. Él decía: "Yo sé todo desde el principio y todo el tiempo soy como el dios del relato". En mi caso es más bien al contrario, me gusta escribir ficción porque me permite descansar de mí mismo y ser varias personas al mismo tiempo. *El secreto...* funciona como una serie de monólogos y registros orales que ya está en, por ejemplo, Puig y Faulkner. Pero la manera de cortar y ordenar esos fragmentos de oralidad, me parece, tiene más que ver con el tipo de manejo de la tensión que se utiliza en el cine.


"Lo que me interesa es el tema de la responsabilidad de la sociedad civil en los crímenes de Estado o, como se la llama más comúnmente, la culpa colectiva."

Qué bueno que menciona a Puig y a Faulkner. Justamente quería plantear la pregunta sobre la angustia de las influencias...

–Escribir sobre un pueblo chico de la pampa necesariamente remite al modelo de Puig, que es un escritor que admiro muchísimo, sobre todo en las novelas que transcurren en Coronel Vallejos. Y también la tendencia de hilar una novela con otra, en un eje que va de la gran ciudad al pueblo chico, viene, necesariamente, de Faulkner, que es otro escritor de los que más me gustan (incluyendo su reinterpretación por parte de Onetti). También está Walsh, en la intención de contar la política desde ficciones o testimonios más directos. Algo que me pasó después de terminar la novela es que descubrí que no era nada original lo que estaba haciendo: esto de mezclar Faulkner con cierto objetivismo francés, en un relato de saga, con descripciones minuciosas y desafectivizadas de ciertos objetos y recorridos por la ciudad... Ahora, con la novela terminada, vengo a descubrir que ese mismo procedimiento lo viene haciendo Saer desde hace años. Leí *Cicatrices* y me dije: "Ah, claro...".